

dos esos ensueños anticuados y todas esas ideas jurídicas y todos esos arqueológicos arreos á un joven que ciñe la corona del mundo, y que, por lo mismo, hará cuanto quiera todo el mundo. En Roma sólo sueñan con la República cuatro dementes, amén de que las exaltaciones vehementísimas del poeta Lucano ya sabrá corregirlas y contrastarlas el frío juicio de su maestro Séneca.

— ¿Séneca? — preguntó asombrado Vitelio.

— ¿Te maravillas?

— Pues echas al fuego leña. Séneca es un estoico.

— Y ¿qué?

— La filosofía estoica trae consigo la idea republicana.

— Como si no trajera cosa ninguna, puesto que á todas luces resulta esa idea irrealizable.

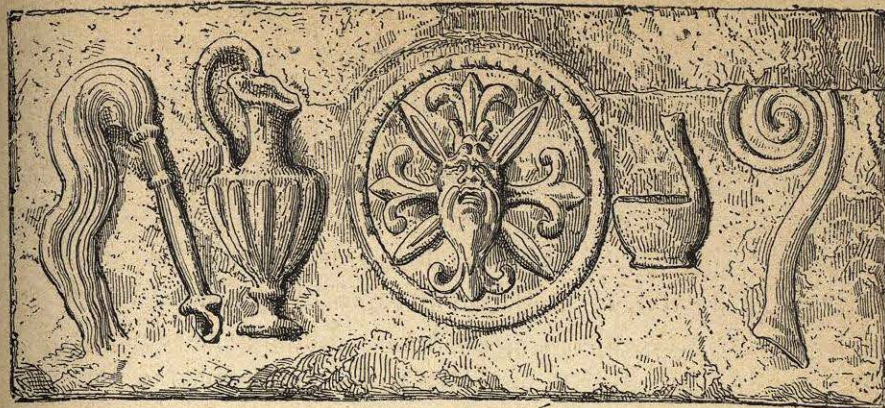
— Además, le dirá Séneca una cosa en máximas y hará lo contrario de todo cuanto dijere.

— ¡Miren qué dificultad! Inútil buscar un sabio á quien de seguro no le suceda cosa igual.

— Mas para traer á Séneca junto á tu hijo, necesitas vencer invencibles repugnancias de Claudio.

— Pues cuando pensamos vencer las que se oponen á mi matrimonio, las que se oponen á la consiguiente adopción del hijo mío; las que se oponen á la desgracia de Narciso y á la de Británico, ¿imaginas que me parecerá un monte la vuelta de Séneca el filósofo á Roma y á la corte?

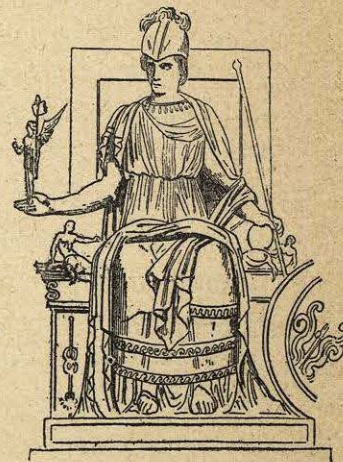
— Hágase tu voluntad. Sean en buen hora Séneca su maestro de ciencia y Lucano su maestro de poesía; pero debes recogerte mucho en ti misma para decidirte á cualquier medida respecto de tu hijo Nerón. Vástago de una familia como la tuya, recela un poco de la sombra que pueda proyectar sobre tu frente. Luego no mejora su condición moral el aportamiento de sangre que tu esposo llevó á su vida. Entre los Enobarbos contáronse muchos viboreznos, y los viboreznos diz que devoran á sus propias madres.



CAPÍTULO X

BIBLIOTECA DE CLAUDIO

Hallábase, poco después de las escenas anteriores, Claudio en su biblioteca particular, la cual tenía las ventanas principales al Oriente, según costumbre de los romanos, creídos de que tal orientación prosperaba la vista por su clara luz, bien igual siempre, y preservaba los libros de vientos cálidos, á cuyo soplo pululan gusanos y polillas. Viejos papiros orientales, cargados con escrituras cabalísticas ó con jeroglíficos egipcios, y pergaminos de Occidente y tablas cubiertas de cera donde abrió el punzón claras líneas, constituían la riqueza de aquel rincón de los palacios, donde los aficionados á lecturas y estudios, como Claudio, esparcían ó recreaban su ánimo, nutriendo de ideas la inteligencia más ó menos abierta, en aquella época de profundo escepticismo, á todos los soplos del humano espíritu. En estantes de olorosísimo cedro incrustados con lucientes marfiles de Libia y concluidos por bustos recordatorios de antiguos renombres, reunía el César la copia de



Diosa Roma

riquezas literarias y científicas que pudieron haber á mano sus vanidades y sus codicias de sabio. Las siete clases de papel mencionadas por Plinio en su *Historia Natural* y los más bellos pergaminos inventados en Pérgamo para Éumenes, así como los llevados por Alejandro desde las orillas del Eufrates á las orillas del Nilo y transportados por la diosa Roma desde las orillas del Nilo á las orillas del Tíber, no daban abasto á la curiosidad insaciable del emperador neurótico, empeñado en dominar las almas como dominaba los cuerpos de aquellos, antes indomables, y entonces ya rendidos, romanos. En el día que aquí traemos á colación, acababa de desenrollar cien rollos; poner unas sobre otras innumerables tablillas; mirar y remirar las encuadernaciones purpurinas y rosáceas atravesadas por pajillas de oro; examinar las hermosas letras cubitales que iniciaban los capítulos varios; leer desde novelas incoherentes hasta libros filosóficos profundos á granel, sin haber con todo ello calmado los anhelos de su espíritu ni contenido el desarreglo de sus nervios, cuando después de haber despedido los retóricos que le adobaban temas selectos con más ó menos competencia; los juriconsultos que respondían á sus preguntas jurídicas ó daban soluciones á sus problemas intrincados; los filósofos que le sacaban ó extraían de los libros apotegmas ó sentencias; los gramáticos que le procuraban ejemplos bilingües del bien decir heleno y latino, y aun los bibliotecarios y amanuenses, de los cuales arreglaban los unos las estanterías y afinaban los otros las hojas y las encuadernaciones, entregóse á sus recuerdos, á sus pensamientos, á sus propósitos. Muy desordenados éstos debían en aquel instante andar, y muy peligrosos debían ser, cuando Narciso, en la gobernación pública ocupado desde la muerte de Mesalina, por tanto embargadísimo en máximas y múltiples labores anejas á la horrible abrumadora carga de un Imperio, que se identificaba entonces con el mundo conocido, lo dejaba todo y seguía constantemente á Claudio como al cuerpo la sombra. En efecto, Claudio, ya se levantaba y se volvía de nuevo á sentar maquinalmente; ya se dirigía con violencia á un armario, no como si buscara algo, como si persiguiese á alguien; ya se tendía en los lechos para esperezarse un momento y volverse á levantar; ya sacaba los cajones de su sitio para echarlos al suelo con estrépito y abría las ventanas

para que penetrasen los aires á su arbitrio, sin saber, en realidad, lo que hacía, presa de una zozobra muy semejante al extravío y al delirio. Narciso, que á maravilla lo conocía, dejábalo hacer á su gusto, mientras no dispusiese cosa dañosísima para él mismo y para los suyos, confiando en que al fin y á la postre vendría tras el movimiento el reposo y tras la inquietud el sueño, por una compensación de la Naturaleza. Así, leía con una grande concentración de ánimo y espíritu, mientras vagaba de aquí allá Claudio en su neurosis. Pero ¿cuál no sería su asombro cuando éste se acerca de pronto á él, y sin más ni menos le dirige la súbita pregunta que sigue?

— ¿Y Mesalina?

— Mesalina... Mesalina... — exclamó por toda respuesta Narciso, erizándosele á tal pregunta los cabellos y esparciéndosele por todas las fibras de su cuerpo un escalofrío que tiraba casi á un sacudimiento epiléptico.

— ¿Me vas á tener siempre así? — preguntó de nuevo el emperador con gesto y ademán que decían bien á las claras cuánto le molestaba el abandono en que había caído su corazón inerte á la soledad tristísima de su prematura y violenta viudez.

— Claudio, como has pasado la noche con Calpurnia, yo te creí satisfecho.

— ¡Calpurnia!

— Hermosa esclava, no desatendida ni en los tiempos de tu mayor devoción al matrimonio.

— ¡Vives á mi lado hace tantos días y no me has comprendido aún!

— ¿Cómo?

— Cuando yo te pregunto por mi mujer sales recordándome mi manceba.

— ¡Claudio! — exclamó Narciso, convirtiendo sus ojos á puertas y paredes, en requerimiento de si alguien oía semejante conversación, la cual pudiera traerle aparejada una desgracia y tras la desgracia la muerte.

— ¿Tú crees que necesito la mujer yo para un instante como el perro á la perra?

— Ya sé, Claudio, cómo la mujer preferida te acompaña en toda

tu existencia y te ayuda con sus consejos á llevar la carga del Imperio.

— Pues conociéndolo, necesito reemplazar á Mesalina con esposa nueva, como reemplacé con Mesalina mi segunda repudiada esposa.

— ¡Por Hércules! — exclamó Narciso rechinando los dientes de terror.

— Tú sabes que no me acompañan mis mujeres tan sólo en el tálamo nupcial. Yo les hago leer los propios libros, leídos por mí, en la biblioteca. Yo las siento á mi lado en los tribunales. Yo las asocio á mis triunfos. Mesalina pasó conmigo so los arcos de mármol, sobre la Vía Sacra, subiendo al Capitolio arrastrada por caballos helenos en carroza de marfil y oro, con la corona triunfal sobre sus sienes.

— Cierto.

— Pues bien; yo quiero una mujer de quien asesorarme con verdadero acuerdo en mis necesidades intelectuales, y de quien valerme para defensa contra mis dolores y para ornato de mi autoridad y de mi nombre.

— ¡Oh! — Y Narciso verdaderamente sudaba, porque todas aquellas condiciones que para mujer imponía Claudio cuadraban al tipo de Agripina, con la cual no podía él transigir por su adhesión á Británico y por su odio á Nerón.

— En otro tiempo — seguía diciendo Claudio, como si hablase consigo á solas — predominaba en los matrimonios más el amor sobre los demás afectos; hoy debe predominar el interés sobre todo, el interés de mi Roma, el interés de mi autoridad, el interés de mi nombre. Así, necesito una esposa de inteligencia y sangre clarísimas.

— Yo, Claudio, no me opongo á tu matrimonio. Conozco perfectamente que necesitas casarte, no sólo por varón, también por emperador; pues así como la vida varonil es fuerte y rudísima y pide para su complemento la delicadeza y la gracia de una mujer, á las cargas del Imperio deben ocurrir, para la mitad por lo menos de la vida imperial, femeniles hombros. Tan bellas cariátides mantienen muy firme y muy segura la sede imperial. Cuando he creído advertir en ti alguna repugnancia, después de tu viudez, al matrimonio, he concitado á los Padres conscriptos para que te conjurasen á bus-

car de nuevo esposa. Por consiguiente, yo te muevo á que, Claudio, te cases, y te cases pronto.

— Mas necesito que me busques mujer; yo no tengo tiempo de procurármela, y ni siquiera fuerza para escoger entre tantas como á cada paso mío surgen presentadas por mis libertos, en cuyo afecto hacia mí creo y cuyos consejos á la continua sigo.

— Ya sé, ya sé cómo cada cual tira del asunto para sí, mientras yo lo miro tan sólo por el lado de tu felicidad personal.

— Pero me propones una vuelta sobre mis pasos en el camino de la vida.

— Yo propongo el rejuvenecimiento de tu vida y la florescencia de otra primavera en tu alma: te propongo tu primera mujer.

— ¡Elia!

— Sí, Elia.

— La quise mucho.

— Volverás á quererla.

— ¡Pasó de nuestro amor tanto tiempo!

— La repudiaste por increíbles sutilezas.

— La repudié porque así me lo propusieron en la corte.

— Si la hubieras tenido á tu lado, la paz reinara en el Imperio.

— Verdad.

— Pues tras esta larga experiencia, lo que debiera sugerir un seso maduro á una voluntad experta es el casamiento con aquella que ha guardado entre tanto vicio la virtud y entre tantas contradicciones el amor.

— Vamos, Narciso, no encuentro árbol donde ahorcarme. Acostumbrado desde mi niñez á oiros y obedeceros, por haberme ido así perfectamente, ignoro qué hacer y vivo en continua perplejidad.

— Estado habitual en ti.

— Yo he atendido, entre mis libertos, á ti en primer término; después á Calixto; por fin á Palas. Pues bien: tú me propones á Elia, que representa el amor en mis recuerdos; me propone Calixto á Solia, que representa la riqueza en mis arcas; y me propone Palas á Agripina, que representa la gloria y el poder á mi lado.

— Pues oye mi consejo y prefiere mi propuesta.

— ¡Qué sé yo!...

— Para el matrimonio no hay como el amor.

— Para el matrimonio vulgar; mas acuérdate de que tratamos aquí del matrimonio de un emperador.

— El amor granjea la felicidad, y la felicidad sirve para todo en el mundo. A un hombre feliz se le aceran los músculos, se le aumenta la voluntad, se le centuplican las fuerzas.

— No te olvides, Narciso, de que la compañera escogida hoy por mí habrá de acompañarme ya en la vejez y en la muerte. Todas esas ventajas que tú dices, las procura, cierto, el primer amor; pero le matan y entierran á uno en el trono.

— Mas ¿para qué necesitas, por ejemplo, la riqueza prometida en el casamiento con Solia? — le preguntó Narciso proponiéndose descartar otros candidatos antes de hallarse frente á frente con la que más terrible consideraba él, con la candidatura de Agripina.

— No creas que tan sobrado estoy de dinero. Hanme familia, clientes, cortesanos, partidarios, la turba de mis gentes todas, con tal violencia saqueado, que le aqueja irremediable penuria, dado su poderío, al dueño del mundo. Créeme, créeme; no me gusta Solia por mil razones; pero la única bastante para en mi hogar con gusto reinstalarla, pudiera ser su riqueza, muy necesaria hoy á mi tesoro imperial, exhausto completamente.

— Pues entonces — exclamó Narciso, quien lo prefería todo al matrimonio con Agripina, — si el amor de la bella Elia, tu primera mujer, no te cautiva, entrégate á la riqueza de Solia, tu segunda mujer, ya que necesitas dinero.

— Si me casara por satisfacer el sentido, casaríame con Elia; si me casara por repletar las arcas, ¡oh! casaríame con Solia. Pero hay razones de familia, las cuales obliganme á casarme con Agripina.

— ¿Con Agripina? — preguntó Narciso como si le mordiera una víbora.

— Con Agripina — recalcó Claudio.

— ¡Ah! — Y se pasaba por la frente, por las mejillas, por los ojos, la mano, el cuitadísimo liberto, cual si quisiera sacudir una fascinación.

— ¿Te pones malo?

— No.

— Pues el rostro hase demudado en términos que te creería enfermo, pero muy enfermo.

— No tengo nada. Quizás un mareo, quizás un vértigo me asaltó, y se acaba de desvanecer pronto, muy pronto.

— Sé franco; Narciso, el nombre de Agripina ¿te desplace?

— Pues lo soy. Me desplace mucho.

— Ya lo sabía.

— Y me desplace por ti.

— ¿De veras?

— De veras.

— ¡La hija de Germánico!

— Que no ha sacado las virtudes públicas de su padre inmortal.

— ¡El renuevo de la grande Agripina!

— Que tampoco ha sacado las virtudes privadas de su madre ilustre.

— No hables así de mi sobrina carnal.

— No sería el primer enemigo con quien tropezaras en tu familia. Pues carnal sobrina tuya, este parentesco la inhabilita para entrar como esposa en tu casa y en tu lecho.

— El senador Vitelio ha presentado á la ilustre asamblea de los Padres conscriptos una proposición abrogando el impedimento legal, que, votada por aclamación, facilitará así el completo logro de un deseo antiguo.

— Que tu propio sentimiento no te sugiere, sino ese Palas, conchavadísimo con ella por amores y por dineros prestados de antiguo, y cuyo importe y cuyas consecuencias te imponen á ti ahora con inaudito descaro.

— Los romanos aman á mi sobrina.

— Porque los tiene, como á ti, engañados.

— Las glorias de Germánico y de Agripina, sus padres, se cruzan sobre su frente.

— Y también las infamias de su marido Enobarbo, y las herencias de su abuela Solia, la más perdida entre todas las princesas romanas.

— Es austera.

— De presencia exterior; pero por sus hechos epicúrea y voluptuosa.

— Es orgullosa, é impondrá respeto.

— No es sino soberbia, y despertará cólera.

- Todavía es joven.
- Y por lo mismo ambiciosísima.
- Todavía es hermosa.
- Como son hermosas las panteras también.
- Muy fría, sirve para las reflexiones pedidas por la razón de Estado.
- Y también para las traiciones.
- Todo el mundo la venera.
- Menos quien la escupe.
- No.
- Sí.
- Pierdes la razón siempre que hablas de Agripina.
- No pierdo nada; lo que hago es ganar un litigio en favor tuyo.
- ¡Desvarío!
- Porque digo la verdad; porque recuerdo cómo le pusieron las manos en el Foro un día sobre las dos mejillas. Quiromántica y astróloga y bruja...
- ¡Narciso!
- Auguráronle sus adivinanzas y sortilegios que Galba, el potentado Galba, sería emperador; y movida de sus locas ambiciones, púsole tales sitios é hízole tantas instancias, que, ofendida la madre del perseguido, la escupió y abofeteó en el Foro.
- ¡Qué cosas tienes, hombre, y qué cuentecillos renuevas en la memoria!
- No hay más que mirarla para ver la dureza en su rostro, el atrevimiento en su mirada, la indiferencia en su gesto, el desdén crudo en sus labios despreciativos, la crueldad bajo toda su máscara; crueldad mezclada con siniestras ambiciones.
- ¡Cuán duramente la tratas!
- ¿Quieres tu diadema imperial?
- ¿No he de quererla? Más que la vida, pues no me comprendo vivo y sin Imperio.
- Pues Agripina la desceñirá de tus sienes para ceñirla por completo á las tuyas. ¿Quieres á tu Británico?
- ¿Pues no he de quererlo? Como hijo mío que sin duda es.
- Pues lo matará sin piedad Agripina.

- No digas cosas tales.
- He de decirlas, siquier sepa que me cuestan la vida.
- Calla, Narciso, calla.
- No hay en aquel corazón de hiena más que un afecto, común, á la postre, en casi todas las hembras, en casi todos los géneros y especies; no hay más que un afecto: el amor á su hijo Nerón. Lo quiere hasta el crimen. Pero si observas este mismo afecto, lo quiere, no porque la muevan sus entrañas de madre á amarle, porque la mueven sus ambiciones de princesa imperial.
- ¡Qué inventiva!
- Mira el día en que lo digo; atiende al horóscopo que ahora leo; imprime sobre tu corazón mi profecía: pasará sobre todo aquello Agripina, que de algún modo se opongá en el tiempo y en el espacio al ómnimo reinado de su hijo. El primer obstáculo encontrarálo en Británico, y desarraigará implacable á Británico; el segundo lo encontrará en Claudio, y desarraigará implacable á Claudio.
- No digas tonterías.
- Conozco muy bien el género, y á mí no habría de cegarme ni su aparente modestia ni su fingida humildad, ni su traidora sumisión y obediencia, ni su falsa y engañosísima sabiduría.
- ¿También le niegas la ciencia?
- Se la niego también.
- Eres injusto.
- Soy la justicia misma del cielo y del tiempo.
- No puedes negar caracteres magistrales á su historia, voluminoso libro que ha trazado en el estudio y en el retiro, cuyas páginas jamás escribiera, de no haberle consagrado una vida entera de claras virtudes y estudios prolijos.
- ¿Historia? En la que algún día escribirá lo porvenir de ella, mucho habrá de leerse, muchísimo. Se leerá cómo bajo la falsa imitación de las virtudes preclaras de su madre, se ocultaban todos los vicios. Escribirá cómo se arrastró en las tortuosidades múltiples de una fingida humildad, para dar un salto á las cumbres del mundo. Escribirá cómo ya en esas cumbres, lo atropelló todo para erigir sobre sus cimientos un incommovible trono, en que cupieran juntos ella y su hijo.
- Vamos, el ciego aborrecimiento te quita tu clara conciencia.

— Claudio, te lo pido por todos los dioses de Roma; no te unas con Agripina. Húyela, húyela.

— Narciso, no maltrates así á la hija de mi hermano, á la engendrada en los campamentos para imperar sobre nuestra ciudad, á la nacida en las orillas del Rhin enemigo como un trofeo de triunfo, á la biznieta de Augusto...

— Y añade, Claudio, á la madre de Nerón.

— ¿Por qué no á la madre de Nerón? ¿Por qué no, por qué, Narciso?

— Porque tal infante será el cuchillo de tu cuello. Para engrandecerlo y auparlo y subirlo al trono de los césares, Agripina rodará de seguro hasta los abismos del crimen más insondables y más horribles. El muchacho se parece á un aguilucho, á un viborino, á un cachorro, á cualquier bruto feroz en los comienzos de su vida, menos á un hombre. Los ojos fulminan cóleras. Los labios despiden hálitos de muerte. La nariz semeja un hocico de hiena. En las arrugas de su frente se leen ya los más terribles augurios. Frunce las cejas como un genio del mal. Ama las Bellas Artes para prostituirlas á sus antojos como mancebas. La sensualidad le impele á una cohabitación inmunda con todos los seres, hasta con los inferiores, en ayuntamientos bestiales. Parece, cuando se ven sus actitudes y su aire, una estatua ó simulacro de dios; cuando se ven sus costumbres, un monstruo de bestialidad. Tiene aullidos de lobo, rechinchamientos de dientes á lo león, graznidos de buitres. Preserva de un semejante competidor á tu hijo, y á tu Imperio de un semejante heredero. Te lo dice quien te debe gratitud eterna, que te paga comprometiendo mil veces la vida en tu servicio. No hubiese jamás abusado Mesalina de tu bondad, si no hubiera yo temido á la que podrá sucederla en tu amor y en tu casa. Ya sabes cuánto empeño pusiera yo en que la proterva sufriese la condigna pena que merecían sus conspiraciones y sus adulterios. Pues la creo buena y virtuosa en comparación de Agripina, temible, no solamente por sus propios vicios, por el feroz leoncillo que á su lado lleva como ceñido y atado. Ya me recelaba yo, y me lo temía desde los comienzos de toda esta horrorosa tragedia. Tras el suplicio de Mesalina descubrí siempre una faz siniestra, ó sea la faz de esa furia con quien deseas reemplazarla. Vuelve, Claudio, en ti. No desvaríes.

Oye los consejos y advertencias de quien te quiere más que á sí mismo, según te probara tantas veces en el decurso de nuestra tormentosa vida. En Elia encontrarías el amor, en Solia la riqueza; pero no encontrarás en Agripina otro efecto más que la triste ambición en sus entrañas, dispuestas por completo á inmolarte con el agudo filo de sus desapoderados antojos. Y su hijo, su Nerón, créeme á mí, habrá de penetrar en la familia de tus hijos como lobo hambriento en el redil de los tiernecillos corderos.

— ¿Cuál astrólogo te ha comunicado, Narciso, augurios semejantes?

— Yo, Claudio, no he necesitado consultar agoreros ni leer presagios.

— Pues ¿de dónde te sacas todos esos nefastos augurios?

— De mi estudio, de mi observación, de mi experiencia, del cariño que tengo á tu persona, del odio que allá en mi corazón promueven todos cuantos conspiran contra ti, del conocimiento allegado en mi largo consorcio con los cortesanos, de los abismos que bajo la corte se ocultan; de mi corazón, á quien debes creer, pues mil veces te ha visto en rumbos análogos zozobrar y mil veces te ha salvado con horribles riesgos...

— Vaya, Narciso, no hay motivo á tamaños aspavientos. Continuando así vas á reventar. Ya sabes que á la postre se hará lo por vosotros ordenado. La gente dice que yo tengo por voluntad personal y propia la exclusiva de mis libertos.

— ¡Pluguiese á los dioses que siempre hubieras escuchado á tu fiel Narciso, y no te amenazarían tantas adversidades!

— No tengo recibidos tan sólo de ti beneficios; débolos á Calixto, débolos á Palas, débolos á otros muchos entre mis obligados ó clientes, y no me parece bien olvidarlos, porque se revolverán contra mí cual te revolverías tú en idéntico caso.

— Pero no los oigas á ellos, siempre atentos á sus intereses; óyeme á mí, siempre adscrito á tu servicio. La cadena de siervo, que tú has roto sobre mi cerviz, hela reforzado yo y ceñídola por completo á mi alma. Soy tu esclavo todavía, y puedes disponer, como siempre, de mi vida, consagrada completamente á ti, por lo cual debes oír con atención reconcentradísima todos mis consejos.

— Pero, Narciso, ya sabes la razón fundadísima con que dicen